

Ricardo Artola

La Segunda
Guerra Mundial

De Varsovia a Berlín

ALIANZA EDITORIAL

Primera edición: 1995

Cuarta edición: 2019

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsuarez.com

Imagen: © Popperfoto / Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Ricardo Artola Menéndez, 1995, 2007, 2019

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1995, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-362-0

Depósito legal: M. 33.895-2018

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*Para Maese Cortina,
Quico, padre de este libro*

Introducción

La Segunda Guerra Mundial es uno de esos hechos históricos que sirven para marcar la frontera entre dos épocas, dos mundos, dos formas de pensar y de actuar. Fue el mayor acontecimiento del siglo xx y uno de los mayores de la Historia. Gran parte de esa centuria fue influida por la guerra y viceversa. Esta no se entendería sin la Primera Guerra Mundial, la crisis económica de los años 30 o la Revolución rusa, y a su vez provocó un auténtico vuelco de las relaciones internacionales y de poder en el mundo.

En aquellos seis años terribles se produjo el choque a muerte de las grandes ideologías políticas contemporáneas (comunismo, fascismo, nazismo, liberalismo). También surgieron fenómenos como el concepto de guerra total, la Resistencia y el colaboracionismo, el Holocausto y su legado, las mujeres y su liberación, la descolonización, la división y el declive de Europa, la Guerra Fría, la creación y el uso de la bomba atómica, la invención de los misiles o el «fenómeno Hitler».

La Segunda Guerra Mundial supuso el culmen de la confrontación bélica entre los seres humanos; todas sus magnitudes son escalofriantes, y aún hoy sirven de referencia de cualquier contienda militar.

Además de todo esto, la guerra aquí estudiada marcó un hito de la crueldad humana: el Holocausto del pueblo judío, junto a importantes minorías de gitanos, homosexuales, comunistas y otros, la renuncia a considerar a la población civil como no beligerantes, la degradación

de los valores éticos hasta extremos que hasta entonces y desde entonces parecen inconcebibles. Todo ello sólo levemente compensado por los actos de heroísmo, generosidad y sacrificio de muchos. El legado moral de la guerra es tan terrible que todavía no nos hemos recuperado de él completamente.

Como resultado de todo ello, y de otros factores que iremos viendo, la Segunda Guerra Mundial ha despertado desde su finalización misma un interés que parece inagotable. Probablemente sea el periodo histórico que más tinta, celuloide y hasta videojuegos ha hecho correr. Habría que dedicar una vida entera a absorber toda la información que genera la guerra, desde historias generales hasta biografías, desde exhaustivas obras de referencia a la parafernalia de uniformes, desde armas y tácticas hasta detallados estudios de batallas.

El cine, como arte característico del siglo xx, creó su propio género fundamentalmente para contarnos con todo detalle hasta la última escaramuza en la que participó un soldado estadounidense. Quizá pocos recuerden que la película que emitió TVE la noche en que murió Franco fue *Objetivo Birmania*, con un Errol Flynn en sus mejores momentos. Resultado de ello es que cualquiera tiene una noción de algunos hechos de armas de la guerra, pero si hubiera que reconstruirla solamente a partir del celuloide hollywoodiense, nos encontraríamos con una parodia de lo que fue una «guerra-parque temático» en la que los americanos eran los buenos, los fuertes, los valientes y ganaban siempre; por el contrario, alemanes y japoneses aparecían como desarrapados sudorosos, torpes y perdedores. Frente a ellos, los británicos son segundones, si es que aparecen, mientras que los soviéticos son una sombra difusa que sólo recientemente han comenzado a generar películas.

Lo que el lector encontrará en este libro es un intento honesto de presentar una visión equilibrada y divulgativa de lo que pasó; un reflejo del consenso de los historiadores sobre los diferentes temas. Pretendo mostrar que la confrontación titánica entre Alemania y la Unión Soviética desde junio de 1941 hasta mayo de 1945 fue el hecho capital que determinó el desenlace de la guerra, un choque que acabó desangrando a Alemania y que convirtió a la URSS en una superpotencia.

A mi juicio, el relato de esta guerra peca de una innecesaria erudición (¿por qué decir *blitzkrieg* en lugar de «guerra relámpago»?; hay tantos ejemplos de esto que resulta abrumador) que francamente no sé de dónde procede. Yo siempre he evitado su uso porque no encuentro justificación para hacerlo. En otros períodos históricos también existen palabras extranjeras para definir conceptos y, sin embargo, no se usan en obras de carácter divulgativo.

He intentado relatar los acontecimientos principales desde la perspectiva de lo que se sabía en cada momento y no tanto de lo mucho que sabemos ahora y del privilegio de contemplar los hechos como no los vieron ni los más informados de sus protagonistas.

He evitado al máximo el inútil ejercicio de especular con los acontecimientos mediante preguntas del tipo: ¿qué habría pasado si hubiera tenido éxito el atentado contra Hitler de 1944 o si Estados Unidos no hubiera entrado en la guerra? Dado que nadie puede demostrar lo que hubiera ocurrido, dejemos ese ejercicio para historiadores diletantes.

Finalmente hay que comprender que un relato divulgativo de la guerra no puede reflejar adecuadamente la complejidad de acontecimientos que se desarrollaban al mismo tiempo en cinco continentes y se influían entre

sí. Baste como ejemplo la primera quincena de junio de 1944: mientras el día 6 comenzaba el desembarco aliado de Normandía, el 9 empezaba la ofensiva soviética en el frente finlandés, el 4 entraban las tropas estadounidenses en Roma y el 14 se producía el primer ataque de las fortalezas volantes contra Japón.

Además del relato de la guerra, sus orígenes y consecuencias, este libro se caracteriza por la abundancia de apéndices que complementan y enriquecen la historia aquí narrada.

Las guerras no se pueden explicar sin su correspondiente cartografía que aquí se concreta en doce mapas, rediseñados y mejorados respecto a ediciones anteriores de esta obra.

La gran densidad de acontecimientos a lo largo de los seis intensos años de duración del conflicto requiere de una cronología que en este libro se ha dividido en los cuatro escenarios principales de la guerra (Europa Occidental y Atlántico, Norte y Este de Europa, Mediterráneo y África así como Pacífico y Asia). Su ordenamiento sincrónico y por columnas permite detectar coincidencias temporales y averiguar la fecha exacta de los principales hitos.

La guerra se hace con armas y es necesario explicar las características de las que tuvieron mayor trascendencia; de ahí que se añada un apéndice de armamento, dedicado a los más destacados carros de combate, aviones o submarinos.

Para evitar términos farragosos y nombres impronunciados en el texto principal se han concretado ambos en el glosario que cierra esta obra y que permite identificar a los más destacados políticos y militares que participaron en la contienda.

A lo largo de los años –ya casi un cuarto de siglo– y de las distintas ediciones que ha tenido esta obra he adquirido una deuda de agradecimiento con múltiples personas que fueron fundamentales para su existencia, participaron en su elaboración o contribuyeron con sugerencias sobre los textos o mapas que componen este libro.

Ese libro de bolsillo no hubiera visto la luz sin la generosa recomendación del llorado Manuel Pérez Ledesma, del guante recogido al vuelo por María Jesús Matilla y de Rafael Martínez Alés que aceptó incluirme en la mítica colección El libro de bolsillo de Alianza Editorial a pesar de mi condición de autor novel.

De los «realizadores» de la primera edición destaco a Antonio Martín por su maqueta; Ascensión Vázquez al frente del departamento de producción, Marta Casal y su atenta lectura de los ferros; Ángel Uriarte por el diseño de la cubierta y Celia Marina Romano por los mapas.

Aquel primer manuscrito fue leído y comentado –con aprovechamiento por mi parte– por Belén López Celada, Andrés Laina, Joan Farré, Francisco Cortina, César Vidal, Juan Pro y Miguel Artola. También lo sufrió Susana Ramos.

De las ediciones posteriores –incluyendo la actual– quiero destacar al siempre eficaz Luis Brea, y su compañera de trabajo por entonces, Olga Núñez, en distintos aspectos de maquetación y cartografía. A Ester Berenguer por su ayuda con los iconos y a nuevos lectores sagaces: Eduardo Chamorro y Ángela Vallvey.

Finalmente, se suman a mi deuda de gratitud Jesús Peña por su cariño en la versión 13/20 de este título y Ricardo Sánchez por la nueva (y muy necesaria) versión de los mapas.

1. El camino hacia la guerra



El jefe de las SS, Heinrich Himmler, saluda a la multitud austriaca tras la incorporación de su país a Alemania (*Anschluss*), marzo de 1938.

© Rue des Archives/Tal/ Cordon Press.

El camino hacia la guerra mundial fue un complejo proceso plagado de frustraciones, errores de todo tipo, tremendas crisis económicas; en definitiva, un periodo histórico convulso calificado de «entreguerras», que no supo o no pudo resolver pacíficamente sus conflictos internacionales.

Claramente la primera causa de la guerra se gestó en el final de la anterior guerra mundial, la Primera, desarrollada entre 1914 y 1918. Aquella sangría se saldó con la firma del Tratado de Versalles en junio de 1919. En virtud de éste, los vencedores (Francia y Gran Bretaña, sobre todo) insistieron en imponer al principal derrotado (Alemania) unas cláusulas que en la actualidad consideraríamos inaceptables. Alemania, una gran potencia, salía de la paz mermada en un octavo de su territorio (el equivalente de Aragón en la España actual) y en una décima parte de su población de antes de la guerra.

Además, el gobierno surgido de la derrota debía dismantelar su ejército, aceptar la confiscación de importantes recursos económicos y, por si fuera poco, pagar a los vencedores las llamadas «reparaciones de guerra» en virtud de los daños que aquéllos habían sufrido durante la contienda. Estas reparaciones fueron sentidas en Alemania como especialmente injustas y ruinosas, además de ser inéditas en la medida en que durante cierto tiempo los vencedores se negaron a es-

pecificar el monto total con el que se sentirían «reparados».

En el contexto de unos convulsos años 20 e inicio de los 30 en Alemania (intento de revolución, fortísima crisis económica, debilidad del gobierno y creciente fortaleza de los partidos autoritarios), estas condiciones de paz fueron el caldo de cultivo de la insatisfacción generalizada, la confrontación y el ascenso del nazismo al poder. La paz que intentó subyugar a Alemania durante generaciones la iba a hacer más fuerte de lo que sus enemigos habían imaginado y deseado.

Además de Alemania, otros países podían sentirse damnificados por el equilibrio de poder mundial que beneficiaba básicamente a Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, en detrimento de otros importantes como Italia o Japón.

Por su parte, la Unión Soviética, en su condición de único país comunista y que podía contagiar a sus vecinos, era tratado como un enfermo infeccioso al que había que aislar del resto de Europa mediante un «cordón sanitario» de pequeños y medianos Estados.

La brutal crisis económica mundial que comienza con el crack de la bolsa de Nueva York en octubre de 1929 y se extiende rápidamente por todo el mundo marca el inicio de una turbulenta década que desemboca en la guerra.

Por destacar sólo los principales hitos de esa década en lo concerniente a los antecedentes de la guerra, hay que empezar con el ascenso al poder de Hitler en 1933 y su apabullante actividad interior e internacional para acrecentar su poder y el de Alemania: la retirada de la Sociedad de Naciones (1933), la reimplantación del servicio militar obligatorio (1935), prohibido hasta entonces en virtud del Tratado de Versalles, la recuperación

del Sarre mediante plebiscito y el inicio de la persecución de los judíos alemanes con la aprobación de las leyes de Nuremberg.

En 1936 se produjo la remilitarización de Renania por parte de Alemania, pero sobre todo el estallido de la Guerra Civil española y sus consecuencias internacionales. Frente a unas potencias occidentales (Francia y Gran Bretaña) melindrosas, partidarias de la neutralidad y, por tanto, de abandonar a la República a su suerte, Alemania e Italia encuentran en el conflicto español un perfecto campo de pruebas para sus armas y tácticas, a la vez que muestran un apoyo indisimulado al bando franquista.

Durante ese mismo año Alemania logra sendos pactos con Italia (Eje Berlín-Roma) y Japón (Pacto Anti-Komintern) de gran transcendencia durante la guerra mundial.

El año 1938 marca dos hitos del camino hacia la Segunda Guerra Mundial. En primer lugar, la anexión de Austria por parte de Alemania, conocida desde entonces por la palabra alemana *Anschluss*. Pero sobre todo hay que hablar de uno de los acontecimientos más controvertidos del siglo xx: la Conferencia de Munich. Veamos los antecedentes.

La minoría alemana que vivía en la parte noroccidental de Checoslovaquia (los Sudetes) deseaba unirse a Alemania, pretensión que era apoyada por este país. Sin embargo, al sentirse amenazada, Checoslovaquia solicitó ayuda de Francia y Gran Bretaña. Hay que tener en cuenta que estos dos países practicaron durante esos años de matonismo hitleriano en las relaciones internacionales europeas una política que se dio en llamar «de apaciguamiento», es decir, de concesiones a la Alemania de Hitler para evitar una nueva guerra. Mucho se ha

especulado sobre las razones de dicha política, pero hay que citar tres factores: el hecho de que Francia y Gran Bretaña no estaban militarmente preparadas para entrar en guerra en aquel momento, el recuerdo traumático de la Primera Guerra Mundial en esos países y la propia debilidad de sus dirigentes (Chamberlain y Daladier). En cualquier caso, Mussolini tomó la iniciativa de convocar a Gran Bretaña, Francia y Alemania para un encuentro en Munich a finales de septiembre con objeto de intentar resolver el conflicto. El resultado de la conferencia fue reconocer la anexión alemana de los Sudetes y, de manera más general, condenar a Checoslovaquia a la indefensión. Esto no impidió que a su regreso a Gran Bretaña y Francia sus respectivos primeros ministros fueran recibidos como héroes por la opinión pública. Munich dejó claro a los pequeños países de Europa central el (escaso) grado de compromiso de ingleses y franceses con su integridad territorial frente a la crecientemente poderosa Alemania.

El último acto de la tragedia que condujo a la Segunda Guerra Mundial fue el más inesperado, sorprendente y cínico de todos ellos. El 23 de agosto de 1939, Joachim von Ribbentrop y Viacheslav Molotov, ministros de Asuntos Exteriores de Alemania y la Unión Soviética respectivamente, firmaban en Moscú, bajo la atenta mirada de Stalin, el Pacto de no agresión germano-soviético. Es difícil comprender el efecto psicológico que debió de producir en la época entre los millones de seguidores de ambas ideologías (comunismo y nacionalsocialismo) este pacto contra natura, por no hablar del resto de los espectadores de la escena internacional. Además, el pacto permitía a Alemania salvaguardar su flanco oriental del ataque de una potencia, y a la URSS alejar la amenaza de una posible agresión germana. Por si esto no

fuera suficiente, después se supo que el pacto incluía unas cláusulas secretas en virtud de las cuales ambos países se iban a repartir Polonia en un futuro inmediato.

Polonia había sido el mayor beneficiario de territorio alemán en virtud del Tratado de Versalles. Además, incluía entre sus fronteras la ciudad libre de Danzig, habitada abrumadoramente por población alemana y motivo de la codicia de Hitler, que también anhelaba el llamado «Corredor polaco», una franja de terreno que permitía a Polonia acceder al mar Báltico a costa de separar a Alemania de su territorio de Prusia Oriental. A diferencia de otros países anexionados por Alemania en los años anteriores sin necesidad de confrontación militar, Polonia se opuso a las pretensiones de Hitler, contando con sus alianzas con Francia y Gran Bretaña y con sus propias fuerzas armadas.

Con la invasión de Polonia por parte de Alemania, el 1 de septiembre de 1939, se desencadenó la que acabaría siendo la mayor guerra de todos los tiempos.

2. La guerra en Europa



Prisioneros británicos en Dunquerque, junio de 1940.
© Courtesy Everett Collection/Cordon Press.

«Guerra relámpago» y defensa estática

Antes de entrar en el relato de la guerra, es necesario hacer un breve repaso de la situación militar previa al estallido de la misma.

Cuantitativamente, Alemania había llevado a cabo un espectacular rearme durante los cuatro años previos al inicio de la guerra. Así, el Ejército de tierra había triplicado sus efectivos humanos entre 1935 y 1939. Además, en esos mismos años se produjo la creación de una fuerza aérea que pasó de la nada a ser la primera potencia mundial, así como el desarrollo de divisiones acorazadas, un nuevo tipo de unidad militar capaz de realizar movimientos hasta entonces desconocidos.

Sin embargo, la gran diferencia entre ese país y el resto de los contendientes durante los primeros años de la guerra residió no tanto en el armamento como en su utilización. Alemania llevó a cabo una revolución militar. La llamada «guerra relámpago» (*Blitzkrieg*) suponía la estrecha cooperación de todas las armas para abrir una brecha en el frente enemigo, a través de la cual penetraban las unidades acorazadas y motorizadas, que, sin preocuparse por las fuerzas contrarias que dejaban atrás, llevaban la lucha a la retaguardia enemiga. Mientras tanto, la infantería defendía los flancos de la brecha ante los posibles contraataques. A su vez, la aviación